

Cartografías Hispánicas

Literatura y Cultura

Germán Brignone
Mabel Brizuela
María Teresa Toniolo
René Vjarra
(editores)





CARTOGRAFÍAS HISPÁNICAS

Literatura y Cultura

Germán Brignone
Mabel Brizuela
María Teresa Toniolo
René Vijarra
(editores)

Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba

••
Área de
Publicaciones

8offyñ
AÑOS
Facultad de Filosofía y Humanidades



Cartografías hispánicas: literatura y cultura / editores Germán Brignone ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2026.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1944-4

1. Literatura. 2. Literatura Española. 3. Cultura Europea. I. Brignone, Germán

CDD 800

2026 © Germán Brignone, Mabel Brizuela, María Teresa Toniolo, René Vijarra

2026 © Área Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Maquetación y diseño: Mariana Valdez / mariana.valdez@unc.edu.ar

Área Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades

Jefe Área Publicaciones: Jeremías Corazza

Comunicación institucional: Paloma Braverman

Diseño y arte de portada: Manuel Coll

Diagramación y diseño de interior: María Bella y Luis Sánchez Zárate

2026

Facultad de Filosofía y Humanidades - Universidad Nacional de Córdoba

Decana: Alejandra Castro

Vicedecana: Andrea Bocco

<https://ffyh.unc.edu.ar/publicaciones/>

Facultad de Lenguas - Universidad Nacional de Córdoba

Decana: Graciela Ferrero

Vicedecano: Fabián Negrelli

<https://www.lenguas.unc.edu.ar/>

Asociación Argentina de Hispanistas

<https://www.aahispanistas.org/>

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

ISBN

Tipologías lectoras del siglo XIX: audiencias, eruditos y lectores cotidianos (1830-1865)

Lucía Pose

IdIHCS-CONICET
luciabpose@gmail.com

Resumen

Hace ya un largo tiempo, los estudios de la cultura impresa han comenzado a indagar en el acto de leer como una práctica social a partir de la cual los individuos y las comunidades extraen y construyen sentido (Chartier: 1994, Darnton: 1996, *et al.*). Si bien el acto individual de la lectura siempre deja un resto intraducible e irrecuperable, el estudio de tipologías de lectores de un período específico puede ayudarnos a comprender los modos de hacer, sentir e interpretar de las comunidades lectoras (Castillo Gómez: 2016). En este sentido, en este trabajo intentaremos proponer una serie de tipologías de lectores: las audiencias analfabetas que son interpeladas por coplas y versos populares en la gauchesca periodística de Pérez (década de 1830), el lector erudito que anota sus libros y transcribe pasajes en sus cuadernos (Juan María Gutiérrez alrededor de 1845-1860) y los lectores cotidianos que leen los papeles de la prensa periódica sin comprarla ni suscribirse a ella.

Palabras clave: Tipologías lectoras, siglo XIX, prensa periódica, cultura impresa, lectores populares

Abstract

For a long time now, researchers and scholars interested in the development of “print culture” have begun to investigate the act of reading as a social practice from which individuals and communities extract and construct meaning (Chartier: 1994, Darnton: 1996, *et al.*). Although the individual act of reading always leaves an untranslatable and unrecoverable trace, the study of the typologies of readers from a specific period can help us understand the ways of doing, feeling and interpreting of certain reading communities (Castillo Gómez: 2016). In this paper we will explore a series of typologies of readers: the illiterate audiences who are addressed by popular couplets and verses in Pérez’s gaucho journalistic style (1830s), the erudite reader who annotates his books and transcribes passages in his notebooks (Juan María Gutiérrez around 1845-1860) and the everyday readers who read the papers of the periodical press free of subscription.

Keywords: Typologies of readers, 19th Century, periodical press, print culture, popular audiences

Introducción

Lo que busco no es tanto desenmascarar los lectores implícitos o modelo, que pudieran estar camuflados bajo la escritura de los textos, cuando desbrozar la selva de la lectura. Esta, en suma, entendida como el resultado de la peregrinación por un sistema impuesto; una actividad en la que el lector o la lectora pueden estar mediatizados y condicionados tanto por las estrategias textuales planteadas por los autores como por las operaciones editoriales pergeñadas en el taller de la imprenta, sin por ello perder la libertad última de asumir o subvertir tales propuestas (Castillo Gómez, 2016, pp. 19-20).

Al intentar desentrañar de entre la selva de la lectura aquellos indicios que puedan orientarnos en la búsqueda de los lectores concretos, nos encontramos con que nuestro siglo XIX rioplatense presenta una serie de obstáculos que dificultan y enriquecen nuestra labor: por un lado, nos enfrentamos a los bajos índices de alfabetización y a la enorme disparidad en la familiaridad con la cultura impresa entre lectores con los ojos (lectores propiamente dichos) y lectores con los oídos (audiencias mayormente analfabetas). Al mismo tiempo, debemos aceptar tanto la dispersión de los archivos como la naturaleza efímera de la prensa, cuya circulación expandió la cultura impresa como ningún otro soporte material. De este lado del Atlántico, el siglo XIX estuvo caracterizado por cierta escasez suscitada, entre otros motivos, por los conflictos bélicos que atravesaron todo el período, por la precariedad material de las imprentas rioplatenses y por la relativa insignificancia en el comercio de libros —especialmente durante la primera mitad del siglo—. A pesar de estas dificultades, son numerosos los ejemplos de lectores que tanto los archivos privados como la prensa periódica ponen a nuestro alcance. Aquí propondremos una clasificación que pretende, antes que exhaustividad, comenzar a definir los contornos de un objeto esquivo: los lectores comunes. A partir de ello hemos decidido dividir nuestro trabajo en tres partes que corresponden a tres tipos de lectores:

- a) las audiencias analfabetas que son interpeladas por coplas y versos populares en la gaudiosa periodística de Pérez (década de 1830);
- b) el lector erudito que anota sus libros y transcribe pasajes en sus cuadernos: Juan María Gutiérrez alrededor de 1845-1860;
- c) los lectores de ojito, los que no se suscriben, pero sí aparecen representados tanto en la prensa como en el circuito libresco: *El Zonda*, por un lado, la poesía afroporteña de Horacio Mendizábal, por el otro.

a) **Las audiencias de Luis Pérez: lectores advenedizos**

En el noveno número de *El Gaucho*, la gaceta popular más leída del publicista federal Luis Pérez, nos encontramos con una correspondencia en verso cuya primera cuarteta dice “Puntas del Arroyo Dulce / pago de la Magdalena / día primero de agosto / de mil ochocientos treinta”. Dando cuenta de su carácter de papel escrito (con la ciudad y fecha de *escritura* en su “encabezado”), la composición en verso va a dar lugar a ciertos recursos de la oralidad en la conversación del padrino del editor del periódico —el supuesto redactor de la carta— con su cuñado: “Sobrino y ahijado querido, / mi cuñado Anselmo el viejo, / agora recién me trajo / para leerme tu prospejo. / Me puso tanta cabeza / que casi nada entendí, / y algunas tres ocasiones / se lo mandé repetir” (EG 9, 28/08/1830). La carta nos presenta una escena de lectura oralizada, compartida, que dos parientes mayores del Gaucho hacen desde la campaña. En una primera aproximación, la escena nos propone una situación de lectura *esperable*: en la campaña dos gauchos de Magdalena se encuentran a propósito del papel que un joven pariente publicó en la ciudad. Uno de ellos, la visita, sabe leer. El otro, el corresponsal, intenta la escucha. No sabemos cuál de los dos, si alguno de los dos, sabe escribir o si el remitido fue dictado a un tercer sujeto que no forma parte de la escena. El encuentro de los gauchos y su conversación nos remite, claro, a las relaciones de Hidalgo; la diferencia está, en este caso, en la presencia de una escena de lectura compartida y de una ficción de escritura. Las prácticas de lectura por parte de sujetos populares en la primera mitad del siglo XIX lejos estaban de la lectura silenciosa y extensiva que detentaban lectores de índole letrada, cuya inmersión en el mundo de la cultura impresa era ya completa —con formación escolar, quizá hasta universitaria— y acceso a numerosas fuentes de escritura y lectura. La apelación a un lector *de oídas* que no solo necesita de un *lector en voz alta* que mediatice su contacto con el texto, sino además de la repetición para comprender el sentido cabal del material impreso, nos coloca frente a uno de los extremos en la conformación de un público para las publicaciones populares: el sujeto completamente ajeno a la cultura impresa, el *lector advenedizo*.

En el mismo nivel —el de la alfabetización incompleta o inexistente, el de sujetos con diversos grados de familiaridad con la cultura escrita— pero en el extremo opuesto, encontramos la representación, en el número 22 de *El Gaucho*, de un paisano que paga para *leer de oídas* y de una escena de lectura ya no privada sino en un espacio de sociabilidad y ocio popular: la pulpería. En *El Gaucho* número 22 leemos la correspondencia de un Gaucho Cordobés que describe un momento de ocio:

Hay en mi pago un pulpero / que es de aquellos de la cuenta / y este tiene los papeles / que escriben en esa imprenta. / Hasta de Montevideo, / de España y de Inglaterra, / y de otras partes más lejos / tiene cartas como tierra. / En su casa nos juntamos / del pago todos los mozos / y allí tenemos tertulia / algunos ratos ociosos.

Y como este se interesa / en los reales que tenemos / *el hombre nos lee sus cartas / con condición que gastemos.* (EG 22, 13/10/1830, énfasis nuestro)

Una nueva escena de lectura mediada por la voz de un tercero que cuenta con el material (el periódico o la carta) pero que aquí hace de la lectura oralizada un espectáculo remunerado a través de la venta de alcohol o demás objetos de su negocio. La reunión alrededor del pulpero ilumina un sector del amplio campo de la sociabilidad popular y de las formas del ocio (“allí tenemos tertulia / algunos ratos ociosos”) y nos permite pensar en la presencia de la prensa en esos espacios y en esas circunstancias también como elemento de cohesión y conformación de una comunidad de lectores. La representación de lecturas compartidas, en público o en privado, en la tertulia o en la tapera, abre un abanico de lectores advenedizos que oscilan entre uno y otro polo en su familiaridad con la cultura impresa y en sus competencias de lecto-escritura; sin embargo, un nuevo elemento comienza a tomar preponderancia: la lectura va configurándose como un elemento central en las formas del entretenimiento popular. En los lectores que anticipa Luis Pérez en sus gacetas, aún en un período temprano de la especialización de las publicaciones y con un mercado si no inexistente al menos sí incipiente, podemos encontrarnos con referencias al *gusto* por la lectura pasatista. Si las publicaciones impresas de la época necesariamente debían cumplir un rol persuasivo y hasta persecutorio, la representación de audiencias que *se hacen leer* las publicaciones con fines de disfrute y regocijo señalan otra cara del publicismo federal, una que *necesita* lectores y comienza a atender a sus demandas.

b) **Juan María Gutiérrez: el lector erudito**

En una carta fechada el 4 de marzo de 1833, el “decano de los jóvenes” de la generación romántica, Florencio Varela, le escribía a Juan María Gutiérrez desde su exilio en Montevideo:

¿cómo quiere Vd. que le exprese mi agradecimiento por el regalo que V. me hace del Tratado de la pintura del florentino Vinci? Si me fuera permitido rehusaría el admitirle, porque *no quiero consentir en que V., que sabe apreciar y aprovecharse de los libros, se desprenda de ninguno por mi.* (Moglia y García, 1979, p. 157, énfasis nuestro)

El joven Gutiérrez, nacido con la patria, era, ya en la década de 1830, el bibliófilo entre sus amigos: “el que sabe apreciar y aprovecharse de los libros” (*op. cit.*), pero también el que se desprende de ellos para servir a sus amigos. Desde su juventud, Gutiérrez es “coleccionista y bibliófilo, pero no es fetichista” (Amante 2003: 183); regala, presta, hace transitar los libros en

paquetes que atraviesan lo ancho del país desde su exilio en Valparaíso, que cruzan el Río de la Plata y que se embarcan en buques transcontinentales; es mediador, seleccionador, antólogo, corrector. Al margen de sus muy variadas ocupaciones, Gutiérrez fue construyendo la reputación, por una parte, de coleccionista de libros y documentos y, por otra, de lector erudito, editor y corrector. La posibilidad de acceder a sus libros, a la *marginalia* que dejó en su biblioteca, resulta entonces una puerta de entrada en la práctica erudita del lector paradigmático de la generación romántica.

El estudio de la *marginalia* —término que se origina del adjetivo latino *marginalis*, “en los márgenes”, y que es importado al vernáculo por Coleridge en la publicación de sus propias “things in the margin” en 1819 (Jackson, 1992, p. 13)— puede resultar interesante en más de un sentido: si entendemos la lectura como una práctica social de producción de sentido y aceptamos que no existe la pasividad inherente de un/a lector/a que acepta un texto sin condiciones ni preconceptos, sin historia, sin expectativas, ni tácticas de apropiación, entonces poder ver de primera mano las intervenciones de un lector sobre un libro puede contribuir en el análisis de la lectura como práctica situada en un espacio y tiempo determinado. Puede no solo hablarnos de ese lector-anotador específico, sino también de la lectura como práctica situada con características compartidas. Si nos encontramos con un libro lleno de anotaciones, eso es porque, en principio, escribir en los márgenes de los libros es una práctica aceptada y/o posible; si esos comentarios corrigen el impreso, estamos muy probablemente frente a un lector experto; si un lector contemporáneo al texto polemiza, en los márgenes, con el autor, o agrega información, o la cuestiona, el interés por la *marginalia* se multiplica. Si el lector en cuestión es también editor, entonces los objetivos de esas anotaciones cobrarán otro sentido; si ese lector es, además de un coleccionista de libros y un facilitador de textos, el lector privilegiado por los autores de la generación del 37 y si, además, es el responsable de reunir las obras completas de Esteban Echeverría, entonces el interés por sus estructuras de interpretación, por sus costumbres lectoras y por su manía correctora es aún más significativo.

Gutiérrez leía con vocación de editor, de crítico y de historiador. A partir del relevamiento de su biblioteca, podemos observar que para él la lectura era una cuestión productiva: leía para seleccionar, compilar y publicar. Leía para reconocer las estructuras de composición de biografías y textos historiográficos y poder replicarlas en sus trabajos de investigación. Capitalizaba su tiempo de ocio leyendo a sus amigos, corrigiendo sus textos, publicándolos e indagando en el archivo americano. Antonio Castillo Gómez (2016) detecta, a propósito de la lectura en el siglo de oro español, la muy estrecha relación entre la lectura y la escritura para los lectores eruditos: “nos encontramos ante lectores encerrados en sus estudios, con el libro en una mano y la pluma en la otra, atentos a contrastar y anotar la materia cosechada al socaire de sus lecturas” (p. 48). Gutiérrez leía con lápiz o pluma en mano, leía y corregía o comentaba en los márgenes de los

libros, pero también en cuadernos (“lugares comunes”) que llenaba con citas significativas, con listados de autores o de títulos, con información sobre lenguas que estaba aprendiendo. La *América Poética* aparece como el ejemplo paradigmático de su lectura productiva: como analizaron Hernán Pas (2010) y Guadalupe Correa Chiarotti (2017, 2018), Gutiérrez dejó en su edición de la *América Poética* (colección de poesía americana publicada por él) evidencias de los cambios que realizó sobre la poesía que reunió: la modificó según sus criterios estéticos, pero además corrigió errores tipográficos y tachó versos incorrectos, agregó en márgenes y hojas extra composiciones que no llegaron a publicarse (“Batalla de Maipo” de Vicente López, “Canción” de Esteban de Luca) y siguió agregando información aún 25 años después de editada la antología, incluso debió anotar la muerte de sus amigos poetas, como Echeverría y Mármol. En lápiz o con tinta, con plumas más gruesas o más delgadas, con letra más o menos cuidada, los márgenes de muchas páginas de la antología están cubiertas de anotaciones. A mitad de camino entre borrador de una segunda edición, hoja de ruta y obsesión, es difícil no imaginar que la *América Poética* fue el libro que siempre estuvo abierto sobre su escritorio, el libro que nunca dejó de leer.

c) ***De ojitos o la imposibilidad de leer***

Ya en *El Zonda*, en 1839, Sarmiento se quejaba, ante el fracaso comercial de la empresa periodística, de la extensión de esa lectura sin suscripción, lectura robada, que realizaban aquellos que no compraban los periódicos, sino que los leían de prestado, por sobre el hombro, desde la mesa de al lado; los que escuchaban una lectura en voz alta, los que leían los periódicos en la calle o en negocios suscritos:

Los que leen de prestado son, pues, nuestros más crueles y encarnizados enemigos, y es fuerza hacerles cruda y perpetua guerra. O NO LEER EL ZONDA O COMPRARLO. ¡Escoged, mal aventurados! Gentes hay que van a la imprenta a que les presten el Zonda; gentes que detienen al repartidor en la calle para leerlo; gentes que lo piden a los suscriptores a quienes les cuesta su blanca... (...) Ya se ve: para todo hay gentes en este mundo. Los pobres editores, entretanto ¿que coman tierra? (EZ 2, 27/07/1839)

La queja de Sarmiento tiene razón de ser, durante buena parte del siglo XIX, los periódicos dependieron de la suscripción para poder existir. Fue solo a partir de *La República*, en 1867, que se generalizó la venta de periódicos en números sueltos. El relativamente pequeño número de lectores y el aún más bajo número de suscriptores fueron preocupaciones de los editores que veían a sus empresas periodísticas con ojos comerciales. Suele decirse que para tener una idea de los lectores de un periódico no basta con tener acceso a la lista de suscriptores porque en un

gran número, los lectores del XIX prefirieron aprovecharse de suscripciones ajenas y evitar el gasto en un papel efímero, próximo a convertirse, por su caducidad inherente, en envoltorio de huevos o de yerba.

En la literatura del XIX es común la tematización de la lectura de diarios y periódicos, sin ir más lejos, adjudicar a un personaje la lectura de cierto tipo de periódicos es también una manera de caracterizarlo —en *Amalia*, por ejemplo, doña Marcelina, bastante cuestionada en términos morales, es una mujer que recibe y lee los diarios de Montevideo—, pero es menos común la referencia literaria a los modos de circulación de los periódicos y a su no-lectura. Por eso resulta curioso el poema “¿Me hace Ud. el favor de prestarme el diario?”, presente en el primer poemario de Horacio Mendizábal, *Primeros versos* (1865). Allí se describe una serie de episodios en que la lectura del periódico por parte del suscriptor es interrumpida por gente que le pide el impreso para leerlo “de ojitos”:

¿Menester es que coincidamos [sic] / El papel á los lectores / De ojito los suscriptores?
(...) Y no es usted solo, no / —Pues eso nada sería— / Manda el de la mercería / Y manda... phis... ¡qué se yo!? (...) / Pues, cuando no lo quemó, / Con el cigarro, Pepito, / Es el travieso niño / Que en bonetes lo rompió. (*op. cit.*, p. 118)

Para salir de la calle y de los embates permanentes, el suscriptor entra a un café con el objetivo de finalmente leer el periódico por el que pagó y

en esto asoma / Un dandy, mozo cumplido. / [...] “Ver ó señor, permitime, Un momento, es un renglón,” / Dice; prestais el papel... / Os lo tuvo un cuarto de hora / ¿Creeis leerlo poder, ahora? / Es lo que falta saber. / Tomais el diario, el reloj, / Miras las diez van á ser / “¿No una momenta querer / La Diaria prestar, señor.” / Dice un inglés. (*op. cit.*, p. 120).

El suscriptor decide irse del café, sin su diario y sin su lectura, maldiciendo en el mismo tono que el Sarmiento editor de 1839: el préstamo de los impresos periódicos y la lectura “de ojito”, que tanto contribuyeron a la expansión de la lectura como práctica cotidiana, hacían rabiar por igual a los dos extremos del intercambio pecuniario. En aquel editorial del *Zonda*, Sarmiento ironizaba sobre las razones detrás del reducido número de suscriptores y decía con su usual perspicacia “si fuera un gastillo accidental (...) una manito diaria a la lotería u otro juego honesto; o en fin divierte; pero suscribirse a un periódico, y de su propio país, como quien dice, del último rincón del mundo, sería el colmo de la necedad y la extravagancia”. Suscripción y entretenimiento, lectura y ocio van lentamente ocupando un casillero central en las preocupaciones de editores y redactores como parejas inseparables para el triunfo comercial de una empresa periodística.

Apreciaciones finales

Esta selección más bien arbitraria de tipologías de lectores y de escenas de lectura (o no lectura) del período 1830-1865 nos coloca, en principio, frente a un campo donde parece necesario volver sobre los conceptos de “lectura” y de “lectores” para incluir un amplio abanico de prácticas donde las audiencias, la lectura de prestado y la lectura erudita del bibliófilo son solo tres de las materializaciones posibles. Aquellos “nuevos contingentes de lectores” que Adolfo Prieto sitúa entre 1880 y 1910 —en consonancia con el aluvión inmigratorio, la Ley 1420 de educación, el éxito del *Martín Fierro* y la expansión de la literatura criollista— coexistieron con una comunidad de lectores locales cuyas competencias y cuya familiaridad con los impresos venía creciendo lenta pero consistentemente desde el período rivadaviano, una comunidad de lectores de una prensa periódica que iba especializándose y destinando una zona “frívola” (Goldgel 2013) al entretenimiento que ya Sarmiento, en 1839, reconocía como la clave del éxito.

Referencias primarias

El Gaucho, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1830.

El Zonda, San Juan: Imprenta de la Provincia, 1839.

América Poética. Colección Escogida de Composiciones en Verso Escritas por Americanos en el Presente Siglo, Valparaíso: Imprenta del Mercurio, 1846-1847.

Referencias bibliográficas

Amante, Adriana (2003). “La crítica como proyecto. Juan María Gutiérrez”. Schwartzman, J. (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina. La lucha de los lenguajes*. Buenos Aires: Emece, 161-190.

Castillo Gómez, Antonio (2016). *Leer y oír leer. Ensayos sobre la lectura en los Siglos de Oro*. Madrid-Frankfurt am Main: Iberoamericana-Vervuert.

Chartier, Roger (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*. Madrid: Alianza.

Correa Chiarotti, Guadalupe (2017). “Consideraciones en torno a la génesis de la América poética”. Weinberg, Liliana (coord.) *El ensayo en diálogo*. Volumen 2. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

—. (2018). “Hacia una edición anotada de la América Poética de Juan María Gutiérrez Problemas y criterios”. *(An)ecdótica*, 2, 2, 43-55.

Darnton, R. (1996): “Historia de la lectura”. Burke, P. et al. *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 177-208.

Moglia, Raúl J. y García, Miguel O. (1979). *Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez. Epistolario*. Tomo I. Buenos Aires: Congreso de la Nación Argentina.

Pas, Hernán (2010). “La crítica editada. Juan María Gutiérrez y la América Poética”. *Orbis Tertius* 15 (16), 1-12.